

nadie se atreve á quebrantar colocándose en un puesto que no es el suyo.

X

Cada socio tiene un barquero de su confianza, á cuya inteligencia y celo se debe el buen resultado de las tiradas. Este barquero no hace otra cosa durante toda la semana que pasear el lago, inspeccionando los puntos donde en aquellos días tienen más *querencia* las aves.

El viernes, cuando su amo llega, la primera pregunta que le dirige es ésta:

—¿Cómo estamos de *tirada*?

El barquero, si su amo no está solo, dirige una mirada recelosa á los que le acompañan, se frota con calma varias veces la mejilla con la palma de la mano derecha, y dice, haciendo un movimiento peculiar de hombros:

—¡Pschts! Así así.

El barquero de la Albufera es rudo, desconfiado, pero leal; todo su amor propio estriba en que su amo mate muchos patos; y conduciéndole aparte, adonde nadie les oiga, le dice con una expresión que sólo puede explicarse en el vehemente dialecto valenciano:

—Señor, si nos dejan el puesto que yo sé, *tenim un pardalam, que demá la esgarrem* (1).

El barquero no se fia ni aun de su amo, porque teme que en un rasgo de confianza revele á otro cazador el sitio donde él ha descubierto que tiene aquella semana *querencia* la caza; de modo que le nombra en el momento de la *demaná*; y si logra el puesto que desea, en sus toscas facciones se ve brillar la satisfacción, la alegría, y dice por lo bajo:

—Nos divertiremos.

Pero si otro se le quita, frunce el entrecejo y murmura una interjección que no puede consignarse en letras de molde, y que, dándole una traducción decente, viene á decir:

—¡Nos hemos fastidiado!

Un barquero inteligente y aficionado no tiene precio: él es quien verdaderamente hace la cacería.

Cuando llega la hora del sorteo, cuando el jefe de los guardas comienza lo que se llama *la demaná*, el barquero pide el punto que mejor le parece; pues, aun-

(1) Si vamos donde yo sé, tendremos tantos pájaros, que se rasgará la escopeta de hacer fuego.

que hombre rústico, tiene vanidad de que *su escopeta* mate mucha caza durante la tirada.

XI

Terminada la elección de los socios, entra lo que se llama *la suerte*.

Para esta operación, todo aquél que quiere cazar dentro del lago deposita un duro y recibe un número. Después meten, en un saco, igual número de bolas que duros han dejado sobre la mesa; y sacándolas el guarda mayor, se repite el sorteo, y elige cada cual el punto donde quiere tirar.

Ya se comprenderá que, después de haber escogido puesto veintiséis ó treinta accionistas, lo que queda para esta segunda tanda de cazadores no es lo mejor; pero el lago es inmenso y hay sitio para todos: con la única diferencia de que algunas escopetas matan cien piezas, mientras que otras vuelven á su casa sin descargarse, á despecho de sus amos.

XII

El lago tiene en la actualidad siete leguas de circunferencia; en el año 1830 tenía nueve, pero los labradores, extendiendo sus arrozales, han ido cercenando el terreno á los cazadores.

Luego entran en turno los más pobres, la gente del campo, esos cazadores de rostro bronceado que aun gastan espingarda y zaragüelles, de origen árabe: esos ribereños que, envueltos en su manta y colocados en cuclillas detras de una mata de las orillas del lago, cargan su arma con un puñado de pólvora y doce ó catorce perdigones, y derriban un pato desde una altura fabulosa.

Terminada esta ceremonia, los cazadores se vuelven á sus barracas, y se disponen á emprender el viaje matutino, porque algunos puestos están á más de dos horas de distancia del embarcadero y es preciso ocultarse en ellos antes de que nazca el primer albor del día.

XIII

Los *puestos de mata* cuestan doce reales, y se venden sin sortear; se necesita una grande inteligencia para el-



LOS GRANDES PESCADORES

girlos. Es preciso conocer la salida que aquel día tomarán las aves, tener una escopeta que alcance mucho, y buen ojo; porque cuando el pato llega á la orilla dirigiéndose hacia el mar, huyendo del fuego graneado



En plena laguna

que le han hecho en el lago, vuela á una altura respetable. A pesar de esto, hay *puesto de mata* donde se hacen muy bonitas tiradas.

Tomó III.—Caza mayor y menor

Yo he visto á uno de esos cazadores de zaragüelles y espingarda recoger, oculto detrás de unos carrizales, treinta y cuatro patos; es verdad que era un día de

72